Daniel Nesquens
Ilustración de
Claudia Ranucci

marcosMostaza dos

ANAYA

Daniel Nesquens

Ilustraciones de
Claudia Ranucci

Marcos Mostaza dos

ANAYA

1.ª edición: junio 2008

© Del texto: Daniel Nesquens, 2008
© De las ilustraciones: Claudia Ranucci, 2008
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2008
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-667-7684-4
Depósito legal: M. 21965/2008
Impreso en Anzos, S. L.
La Zarzuela, 6,
Polígono industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en su última edición de la *Ortografía,* del año 1999.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Índice

1. De estrellas 7
2. Somos nosotros 11
3. Por arte de magia 17
4. Un bañera con hidromasaje 23
5. Arizona 27
6. Sentado al revés 31
7. Me gusta mucho 35
8. Soy la princesa 39
9. 1040 euros 43
10. Rellenas de queso 47
11. Lo descubriré 53
12. Cuatro torres 59
13. Miedo a los payasos 63

14. En la pizarra 67
15. Fácil de cortar 71
16. Dos chicos y tres chicas 75
17. Abrígate bien 79
18. Mujeres asesinadas 83
19. Mirando de perfil 87
20. Cuénteme eso 89
21. Una placa de policía 95
22. *Hello* 101
23. Abierto es *deschis* 105
24. Nos vamos 109

1

De misterio

No solo mi tía Covadonga tiene un hámster, mucha más gente lo tiene. Sin ir más lejos, mi amiga Lorena. Lorena tiene un *husky* siberiano y un hámster ruso. El hámster se llama Erizo y se lo regalamos por su cumpleaños. ¿Quiénes se lo regalamos? Pues Raquel (las chicas primero), Hanif y yo. A escote.

Hanif sacó su calculadora y dividió entre tres.

—A once coma seis seis seis seis seis... siete —dijo.

Cuando Raquel (más guapa que nunca) me preguntó qué regalo le podíamos hacer a Lorena, no lo pensé dos veces y contesté que el mejor de los regalos era un perfume de esencia de flor de naranja. Hanif negó con la cabeza y dijo que él conocía de verdad a Lorena y que el mejor regalo era el último CD de un grupo zaragozano que se llama Amaral. A lo que Raquel añadió:

—Qué equivocados estáis. Todos sabemos que Lorena tiene pasión por los libros, así que el mejor regalo, sin ningún tipo de duda, es un libro —y torció ligeramente la cabeza.

—Un libro, de acuerdo, pero… ¿de qué? —le preguntó Hanif, con los brazos en jarras.

—Un libro, un libro… un libro para leer —se defendió Raquel.

—Ya, pero un libro ¿de qué? —volvió a insistir Hanif.

—Chico no te entiendo. Los libros solo son libros.

—Lo que quiere decir —dije pasándole la mano por la cabeza a mi amigo de origen paquistaní— es que libros hay muchos: de ciencia ficción, de aventuras, de misterio, de fantasía, de miedo, históricos…

—O esotéricos —añadió Hanif.

—¿*Esoqué*? —preguntamos Raquel y yo al mismo tiempo.

—E-so-té-ri-cos. Son libros sobre fuerzas ocultas: magia negra, brujería, tarot, vudú…

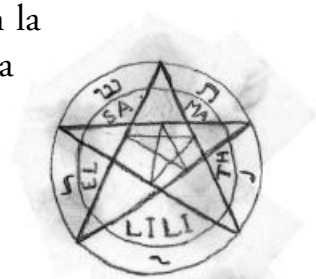
No era la primera vez que escuchaba aquellas palabras, pero en boca de Hanif me resultaban totalmente nuevas.

—Pero ¿qué dices? Te has vuelto loco, ¿o qué? Para qué quiere Lorena un libro «isotérmico» —preguntó Raquel algo ofendida.

—Isotérmico no. Esotérico.

—Bueno, como se diga —se disculpó Raquel—. Pero dime tú para qué quiere un libro de brujería, magia...

—Un momento, un momento, que no cunda el pánico —dije—. Reflexionemos: es el cumpleaños de Lorena, va a cumplir diez años y le tenemos que regalar algo, somos sus mejores amigos pero no sabemos qué regalarle. Hanif dice que un CD; tú, Raquel, aseguras que lo mejor es un libro; y yo sugiero un perfume. Pero, cuidado, no un perfume cualquiera, un perfume de esencia de flor de naranja que, según escuché en la radio, es el que se pone Angelina Jolie.



—Tres regalos y tres cosas distintas —razonó Hanif—. ¿Qué os parece si llamamos a su casa y le preguntamos a su abuela, o a su tía?

—Muy bien pensado chico. Tal vez en su casa haya dicho algo sobre qué le apetece.

—Aunque mejor que llamar por teléfono podríamos pasarnos por su casa

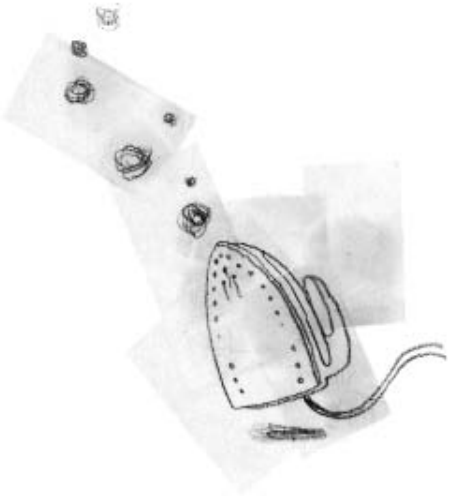
—sugirió mi amigo—. Además, Lorena no estará. Hoy, y a estas horas, tiene clase de Informática —añadió mirando su reloj.

—Hoy no tiene clase. Es mañana cuando va a la academia de Informática —le rectificó Raquel.

—De eso nada monada. Va los martes y los jueves. Y hoy es martes. Ayer fue lunes y hoy es martes.

—Pero no es trece, señor mago Merlín. Tiene razón Hanif. Venga, vamos a su casa —dije de mala manera, sabiendo que Raquel, a mí pesar, no tenía razón.

2



Somos nosotros

A pesar de la tarde algo fresca, la persiana estaba subida y la ventana del salón abierta. La abuela de Lorena planchaba y canturreaba una copla de esas que salen en las películas de «Cine de Barrio». A pesar de un martillo neumático que rugía en una obra cercana, se la escuchaba desde la calle.

Almohadón nos olió a trescientos metros y ladró en el momento que asomamos nuestras cabezas por la verja. Se puso a dos patas sobre la puerta y sacó su lengua rosada entre los barrotes.

—Tranquila Almohadón, tranquila —dijo Hanif, que no termina de creerse que la perra es más inofensiva que un osito de peluche—. Somos los amigos de Lorena. Nos tendrías que conocer ya.

¡Rin, rin!

—Ya va, ya va —contestó la abuela de Lorena, que debe de tener más de ochenta años, cuando escuchó el timbre, y siguió canturreando—: …Él vino en un barco, de nombre extranjero. Lo encontré en un puerto un anochecer, cuando el faro blanco sobre los veleros su beso de plata... Na na na na rubio como la cerveza…

—Somos nosotros, señora Josefina —dijo Raquel.

—Ya os veo chicos. Almohadón ¿quieres dejar ya de ladrar?, perra testaruda. Creo que habéis hecho el viaje en balde —dijo sonriendo—. Mi nieta no está. Los martes tiene clase de Informática.

—Sí, ya lo sabemos —dijo Hanif, mirando a Raquel—. Por eso estamos aquí.

La buena señora se encogió de hombros y nos abrió la puerta. Almohadón aprovechó, se coló y salió a la calle.

—Eh, tú, ¿adónde vas? Será posible. Un descuido que tengo y…

Nosotros sabíamos de sobra que la perra no pretendía marcharse de casa, solo quería hacer pis en su árbol preferido. Y así fue. Se paró en aquel gran tronco que emergía del suelo, ladró y se rascó al mismo tiempo y… orinó sobre la corteza. Orinó sin saber que las otras dos partes del tronco son la médula y el cámbium, y sin saber que su árbol preferido era un plátano de sombra.

—Pero no discutáis por esas cosas —nos dijo la abuela de Lorena, cuando estuvimos dentro de la casa, sin dejar de planchar lo que debía de ser un camisón, su camisón—. Lorena es muy buena y se conformará con cualquier cosa que le regaléis. Lo importante es el detalle que vais a tener.

—Sí, eso ya lo sabemos —dijo Raquel. Y añadió—: tenemos tres posibles regalos: un perfume, un libro y un CD.

—Un perfume de flor de naranjo, no cualquier perfume —dije yo.

—Bah, bah. Paparruchadas. Sin ser malos regalos no creo que ninguna de esas tres cosas sea lo que le haga verdadera ilusión a mi nieta.

Una vaharada de vapor salió de la plancha. La abuela de Lorena dejó el pequeño electrodoméstico de canto sobre la tabla de planchar.

Dobló el camisón perfectamente, miró a una esquina y dijo:

—El mejor regalo sería un hámster.

—¿Un hámster?

—¿Un hámster?

—¿Un hámster?

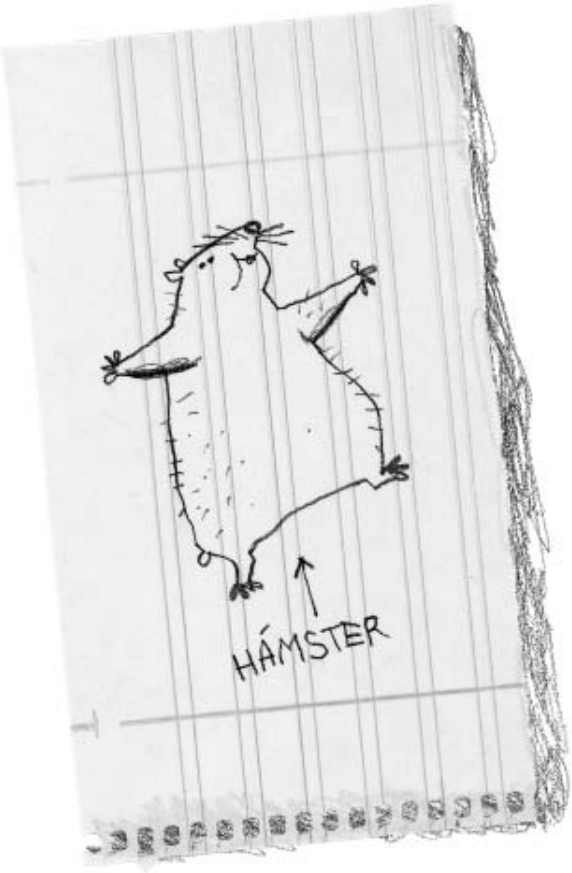
—Eso he dicho: un hámster. Un roedor de esos que viven en una jaula.

Se acercó a un cajón, lo abrió, sacó un lápiz, una hojita de papel y, ante la cara de sorpresa que pusi-

mos los tres, la abuela de Lorena dibujó algo parecido a un hámster.

—Lo veis. Estas son las orejas, los ojos, las patitas y ya, por fin, la cola. Ah, me dejaba los bigotitos.

Y nos lo dijo como si acabásemos de cumplir tres años y fuésemos alumnos de mamá, como si nuestro libro preferido fuese *Kangu va de excursión*.



—¿Os apetece una manzana? —nos preguntó después de terminar el dibujo de algo parecido a un ratón con sobrepeso.

Raquel dijo que no con la cabeza, yo me encogí de hombros.

—¿Pelada o sin pelar? —preguntó Hanif.

—¡Un hámster! —dijo Raquel cuando ya estábamos fuera de la casa—. No me lo puedo creer.

—Un hámster, sí. Eso ha dicho. Nada de libros, nada de música.

—Pues tendremos que regalarle un hámster —dije, fijando mi vista en un hombre que caminaba como un buzo.

El hombre se paró y se rascó la nuca. Miró al cielo y siguió su camino. Desapareció.

Nos quedaba una larga tarde por delante.